

Patxi Zubizarreta

Ilustraciones de **María Brenn**



TUCÁN

CERO ERA YO

Con actividades
para poner en
marcha tu
imaginación

**CERO
ERA YO**

Patxi Zubizarreta
Ilustraciones de **María Brenn**

CERO ERA YO

edebé

© Texto: Patxi Zubizarreta, 2026
© Ilustraciones: María Brenn, 2026

© Edición: Edebé, 2026
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Aurora Iraita

1.^a edición, septiembre 2026

ISBN: 978-84-683-7706-3
Depósito legal: B. 2274-2026
Impreso en España / Printed in Spain



PEFC
PEFC/14-38-00352

PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible y fuentes
controladas

www.pefc.es

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Una gacela vive diez años.

Un león vive como dos gacelas.

Un rinoceronte vive como dos leones.

Un elefante vive como dos rinocerontes.

Y yo, más que un elefante y una gacela.

Índice

1. Cero	9
2. La disputa	19
3. El rinoceronte	29
4. Cero por cero	37
5. La orientadora	51
6. Pandemónium	61
7. A la carrera	75

1

Cero

«¡Cero!». Ni se me ocurrió pensar que se referían a mí cuando lo escuché por primera vez. «¡Cero!». Sobre todo, porque normalmente suelo sacar buenas notas. «¡Cero!». Para ser sincero, me va bien en todas las asignaturas excepto en Educación Física... Junto al correspondiente suficiente pelado del boletín, estoy acostumbrado a este tipo de observaciones: «Gaspar debería esforzarse más. Sigue estando algo torpe y le convendría hacer más ejercicio».

«¡Cero!». Lo llevo escuchando casi a diario desde la semana pasada. Sobre to-

do cuando Julián y sus amigos están cerca. Me llega como un comecome, como un runrún de fondo: «¡Cero!»... «¡Cero!»... Pero no podía imaginar que la palabra tuviera algo que ver conmigo. «¡Cero!». «¡Cero!». «¡Cero!».

Lo descubrí de golpe, antes de ayer, en el baño del patio. Había un rinoceronte dibujado en la parte interior de la puerta y, debajo, mi nombre:

GASPAR

Entonces me di cuenta de que Cero era yo... Yo, nada más y nada menos. El rinoceronte... Y no precisamente por mis notas. «¡Cero!». Y me quedé con cara de brócoli y empecé a preocuparme. «¡Cero!». Y pensé que debía de tener la oreja izquierda más roja que un tomate.



Pero mi preocupación, entonces, era pequeña y ahora es del tamaño de un rinoceronte.

Ayer por la mañana, a espaldas de mis padres y de todo el mundo, cogí el estropajo del fregadero, lo estrujé en el estuche y me lo llevé a la escuela. Tisk, tisk, tisk, hice desaparecer el dibujo del rinoceronte y, junto a él, mi nombre. Borré la maldita pintada igual que ahora acabo de hacer desaparecer mi bocata.

Para la merienda de hoy me había preparado un bocadillo de jamón de York con chorizo y un quesito, y me lo he zampado casi en un bocado. ¡Fiuuu, me chifla! Pero parece que no me he llenado del todo y ya me vuelven a sonar las tripas. Los «borborignos», como diría Adela. Señal de que el bocata no ha sido lo suficientemente grande. O de que continúo nervioso.

Así que, aprovechando que mi padre y mi madre todavía no han vuelto del trabajo, entro de puntillas en su habitación. Voy directamente al lado en el que duerme mamá. Sin encender la luz, con cuidado, abro el cajón de la mesilla de noche y, con más cuidado aún, saco su cartera.

No sé por qué, pero, a pesar de estar solo en casa, ando con sigilo y procuro no hacer ruido. No consigo tranquilizarme y salgo al pasillo con el monedero de piel en las manos. No hay nadie. Meto la mano dentro y saco una moneda de dos euros. Entonces devuelvo la cartera a su sitio y, tras asegurarme de que todo queda como estaba, salgo a la calle como si me llevaran los demonios. Me voy a comprar un paquete de dos dónuts de oferta antes de que regresen mis padres.

Voy y vuelvo pitando de la tienda de

chuches. Pero iba tan enfrascado en mis donuts que, sin darme cuenta, de repente, oigo el frenazo de un coche y me paro en seco a unos milímetros de un capó rojo. ¡Vaya susto! El conductor me mira encolerizado, como si estuviera echándome un mal de ojo; el resto de los conductores tocan la bocina como locos, y yo estoy paralizado y con cara de yogur natural desnatado. El chófer sigue gritando y gesticulando, pero, afortunadamente, lleva las ventanillas cerradas y no puedo oír nada. Menos mal.

Cuando consigo reaccionar, bajo corriendo las escaleras de la calle y subo jadeando las de casa. Quiero evitar el ascensor para no encontrarme a ningún testigo de mi banquete clandestino. Tengo la sensación de que cualquiera que me vea adivinará mi glotonería.

Cierro la puerta de casa aliviado y, aunque estoy solo, me encierro en el baño. A oscuras, disfruto hasta del cras, cras del plástico del envoltorio. Devoro los donuts en cuatro bocados. ¡Fiuuu, me chiflan! Para terminar, me chupo los dedos y me relamo los labios. ¡Ay, esa capa blanca de azúcar! Y, sin embargo, no me sacio del todo: será que sigo nervioso.

Ahora me queda esconder la prueba del delito. Primero, oculto el envoltorio en el cubo de reciclaje de la cocina. Pero luego cambio de idea y lo meto en mi mochila. Nadie lo puede saber. Ni eso ni que mañana tenemos examen de Educación Física, y encima toca saltar el potro... Dicen que en muchos colegios ya lo han prohibido, pero en el mío no.

La prueba consiste en coger carrerilla, tomar impulso en el trampolín y dar un sal-

to mortal por encima de ese maldito aparato de tortura. Delante de toda la clase...

Cuando llegue el momento, imagino que me lanzaré a la carrera como si tuviera dos pies izquierdos, y que en ese instante alguna mala lengua dirá: «Cero, Cero, Cero... Ahí va el rinoceronte. ¡Mirad qué ridículo es!».

También estoy convencido de que me tropezaré en el trampolín. Y luego me caeré de morros. Y me estrellaré en el ca-bezal del potro, me abriré una brecha en la frente, perderé el conocimiento y, en la caída, me romperé las dos muñecas y me desangraré allí mismo. Hasta nunca, Gaspar. R.I.P.

Antes he estado a punto de morir atropellado en la calle, pero mañana me moriré del todo. El examen es una trampa mortal para mí.

Mis compañeros no se lo tomarán en serio y empezarán a reírse. Y seguramente alguna mala lengua dirá: «¡Cómo se puede ser tan torpe! ¡Vaya desastre de *cowboy*!». Pero cuando se den cuenta de que me estoy muriendo de verdad, todos se quedarán hechos puré. Se les pondrá la piel de gallina. Entonces, el profesor se llevará las manos a la cabeza, arrugará su frente como un acordeón, fus, fus, y gritará:

—¡Gaspar! ¡Gaspar!... ¿Estás bien? ¡Contesta! —Y enseguida—: ¡Una ambulancia! ¡Llamad a una ambulancia!

Y el profesor, mientras tanto, pensará que en las observaciones del boletín de notas debería haber sido más claro y directo: «Gaspar está demasiado torpón y necesita una dieta para quitarse esos kilos de más. No hace más que en-

torpecer mis clases de Educación Física...».

Y los alumnos se apelotonarán alrededor del potro y de mi cadáver. Muy asustados. Incluso puede que algo arrepentidos. Incluso es posible que después de mi muerte prohíban por fin este artilugio.

Sin embargo, yo no me quiero morir así. Tengo que planear algo. Necesito una buena estrategia. Una coartada. Pero en este momento no puedo pensar porque me duele la tripa y tengo que echarme en la cama.

Parece increíble, pero ahora mismo no me tientan ni los mejores manjares que prepara papá. Tal vez necesite un poco de chocolate. En alguna parte he leído que es bueno para el cerebro. Sí, estoy seguro de que una onza o dos me ayudarán a pensar mejor.